



Julián Ibáñez

Atrapado



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
– COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n^o 31 –
SERIE BELLÓN, 17
MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS
Edición: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro
Fotografía de cubierta ©



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: MAYO 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-33-4
Depósito legal: M-15976-2023

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Estaba empujando la puerta del Menta y Canela cuando Elvira agitó el brazo con el teléfono pegado a la oreja. La llamada era para mí. Serían como las siete.

—¿Señor Bellón?

Era una voz de mujer, como un arrullo.

—Sí.

—Soy la secretaria del señor Garza —hizo una pausa; en mi oído de pronto había una verbena—: Desea hablar con usted. ¿Sería usted tan amable de tener una entrevista con él?

Pensé rápido: eran poco más de las siete y me llamaba la secretaria, seguramente lo hacía desde su casa, Garza le había sacado de la cama porque le urgía hablar conmigo. Garza era uno de los mandamás de Móstoles. No le conocía personalmente pero había oído hablar de él, con la boca pegada a la oreja y mirando sobre los dos hombros.

—¿De qué se trata?

—Se lo dirá él personalmente. ¿Puede venir a su casa? ¿Algún inconveniente? Por supuesto, tendrá usted una gratificación.

—¿Por ir a verle?

—Por ir a verle. ¿A las once?

Le había faltado añadir «buen hombre». No me gustaba que me hicieran ir a una casa para enganchar un trabajo, prefería un bar, en todo caso una oficina.

—¿Quiere usted correrse una juerga conmigo?

—No. A las once.

Y colgó. No me había dado la dirección porque todo el mundo sabía donde vivía el gran hombre, y unos pocos sabían que era dueño del MyLady, entre otros negocios, un bar muy exclusivo, tan exclusivo que muchos dirían que era un antro, con esclavas con blusas transparentes que no bebían alcohol porque estaba prohibido a los menores de edad.

Podía tratarse de un encargo sucio o peligroso, como sacar a pasear a su parienta, abrirle la puerta del Bentley y llevarla al cine, o al bingo. O un encargo no tan peligroso, como liquidar a otro mafioso. Entonces le diría que no... pero dependería de lo que me ofreciera.

Elvira me puso el botellín. El Menta y Canela estaba mediado de clientes, los de todos los días a aquella hora. Tipos encadenados a un tajo que no les gustaba, a una parienta que tampoco les gustaba, con la puerta de la calle siempre abierta por si alguno de sus hijos picaba y se largaba de una vez.

—¿Alguna llamada más?

Sirvió un par de cafés antes de contestarme:

—Sí, bonito. Claudia Schiffer, que dentro de media hora donde siempre.

Abri el Exótico y esperé a que llegaran las limpiadoras. Aparecieron las dos, rezongando como de costumbre, que la vida no les sonreía, que sus maridos eran unos haraganes y que los hijos ya no hacían la mili y que este país era una mierda.

Serían como las ocho cuando enfilé hacia la inmobiliaria.

Estaba solo Germán, las chicas no habían llegado todavía. Me encargó cobrar una factura y luego desalojar un par de pisos.

La factura era en una zapatería en Doctor Argüello. Un local muy bueno, uno de los mejores de la inmobiliaria, pero se hacían los remolones, lo llevaba un matrimonio que se estaba divorciando y los dos aprovechaban para desvalijar la caja y no dejaban nada para pagar el alquiler. El tío me dijo eso de que quizás mañana, yo le dije que podía esperar allí mismo, me sentaría y esperaría a que fueran vendiendo zapatos y yo sería la caja; entonces sacó el fajo del bolsillo y me largó la pasta con expresión de que para él era demasiado pronto para peleas y que tenía asuntos más importantes que resolver.

El primer piso ocupado era en el 24 de Salvador Acuña, el tercero B. Me abrió una chica, una de esas que llevan un falda holgada hasta los tobillos y una anilla en la nariz. Me miró como si hubiera llamado a su puerta un hombrecillo verde. Le dije eso de que estaban allí sin permiso y que tenían que desalojar dejándolo todo bien limpio. Apareció el macho en camiseta y con otra anilla en la nariz, dispuesto a todo para defender su

nido. Pero se encontró con un tío que le sacaba la cabeza y le doblaba en kilos. Entonces echó el freno y se convirtió en sordomudo.

—¡Sacúdele, Raimundo! —grito ella, retrocediendo un par de pasos despejando el ring.

Raimundo se sonrió un poco, se lo pensó, hizo un gesto de desprecio con la mano y dio media vuelta. Recogieron su mierda, ella mirándome con odio y él sin mirarme como si yo ya me hubiera ido.

El otro piso estaba en Hermanos Machado. En el 16, el 3º E. Lo tenía que desalojar porque lo habían alquilado ya. Cuando Germán me estaba haciendo el encargo intervino otro de los chupatintas de la inmobiliaria que acababa de llegar, un tipo arrugado con cuatro pelos en la cabeza, me dijo que si eran dos chicas le llamara y me echaría una mano, se miró la bragueta y dijo: «¿A que sí, Sansón?».

Este encargo resultó bastante peor porque me encontré con Zabel.

Muy joven, unos dieciocho o diecinueve, monilla y con un meneo. Estaba sola, no del todo porque tenía un churumbel, de tres años o por ahí, a saber. Chapurreaba el español de mala manera. Me dijo que era de Armenia —por dónde caiga eso— y que se llamaba Zabel. ¿Qué hay, colega?, le dije al churumbel, lo único que le sabía decir a un churumbel aunque era igual porque no me había entendido. A su madre, que tenía que ahuecar. Me chapurreó cinco veces, sofocada, que había pagado, que había alquilado el piso y había pagado, que había pagado. Supuse que el piso se lo había pasado algún listo dedicado al

negocio de okupa alquilando los pisos. Gasté un poco de saliva en decirle que me daba igual, que el piso no era suyo, ni de quien se lo había alquilado y tenía que largarse. Me vino a la mente uno de los okupas, un tal Tonín que siempre hablaba de su temporada en la trena, como si hubiera estado en la universidad. Le pregunté si era Tonín quien se lo había alquilado, pero no supo responderme, trató de describirme a cuatro o cinco tíos a la vez, consiguiendo solo una especie de Frankenstein con una fusta en la mano. Se me estaba haciendo tarde, así que le dije que cuando volviera no la quería ver allí. Me repitió llorosa que había pagado, que había pagado, que había pagado. Le dije al churumbel «nos vemos, colega» y me largué.

Faltaba media hora para lo de Garza así que me pasé por el mercado. Aurelia tenía tres o cuatro clientas. Le pregunté si necesitaba que me llevara algunas cajas. Me dijo que no, sonriéndome, que era lo que yo quería. Le dije que volvería al día siguiente para descargar. Me sonrió otra vez. Me gustaba su sonrisa, también sus nikes ajustados, aún con el delantal puesto. Y que se pusiera colorada cuando me metía el billete en el bolsillo después de descargar la camioneta. Despejé rápido dejándola trabajar como si estuviera muy ocupado.

No necesité preguntar, sabía que Garza vivía en en Jardín de Móstoles y allí sí que tendría que preguntar, a no ser que tuviera un luminoso con su nombre en el tejado, algo que no me hubiera extrañado.

De nuevo traté de adivinar el encargo que me iba a hacer, pero no se me ocurría nada. Garza tenía su gente, media docena de rufianes a los que pagaría bien. Conocía a uno de ellos, un veterano, Pisky, con un hijo, Pepe, que se dedicaba a vender botellines de estramonio a la salida de las discotecas.

Pero este asunto no se lo encargaba a ellos. ¿No se fiaba? Quizás era algo muy personal y no quería ser el protagonista de una historia contada en voz alta desde uno de los cagaderos en el Club de Campo. Acompañar a su costilla al bingo... ponerme una gorra y unas polainas y abrirle la puerta del Bentley... liquidar a su segundo que se había descarriado. Sería el encargo de un mafioso, pero seguro que estaría muy bien pagado. Me interesaba entrar por ahí, porque habría otros encargos, esa clase de gente tiene muchos amigos con problemas, parientas que se aburren, chuchos que hay que sacar a pasear, colegas que sudan cuando les clavas la mirada... y mucha pasta.

Le pregunté a un nativo de uniforme verde dónde vivía Garza, su dedo estirado me indicó el final de la calle y a la izquierda. Enfilé hacia allí y unos segundos después me encontré delante de una cancela de barrotes negros.

Salí del buga. Era el único chalet en aquel trozo de calle sin salida. La parcela debía tener dos o tres mil metros y parecía bastante normal, había muchos así. Este tenía tejas en vez de pizarra, como la mayoría de los que había visto en la urbanización.

Había una puerta peatonal entornada y un portero automático con la luz encendida. El nombre del chalet estaba escrito en un baldosín: «Divinity». No llamé porque quizás habían dejado la puerta entornada para mí. Entré.

El jardín parecía muy cuidado, pero aposté a que Garza no distinguía una rosa de una coliflor. A unos cien metros estaba la vivienda, que era de dos plantas, sin nada especial.

Delante de la puerta había una mujer, de unos cuarenta, y debajo de lo que llevaba puesto debía de tener un cuerpo de primera. Sombrero de paja de ala muy ancha, gafas de cegata con armadura rosa, pantalones azules muy holgados, camisa blanca con rayitas azules y chaleco negro de tratante de ganado. Sus manos revoloteaban sobre un parterre con flores, las movía como si estuviera empujando las gallinas al gallinero, y hablaba con alguien aunque estaba sola, dando órdenes, casi enfadada. Saludé y me detuve al otro lado del parterre. Me miró y me vio.

—Póngase un poco más acá y levante las manos.

Hice lo que me pedía, sin pensarlo, levantando las manos a media altura.

—¿Aquí?

—Las abejas polinizan las plantas —dijo—, por eso es un crimen matarlas. ¿Respeto usted a las abejas, señor...?

—Bellón.

—¿Respeto usted a las abejas, señor Bellón?

Necesité pensar la respuesta.

—Creo que... sí, las respeto. Soy de los buenos.

Me iba a largar pensando que Garza me estaría esperando.

—¿Puedo hacer algo más?

— Sí, por favor. Muévase un poco a la derecha y no la deje pasar.

Me coloqué donde me había indicado, esperando que la abeja no se cabreara y me largara un picotazo. En realidad me debía de fallar la vista porque no había visto ninguna abeja ni había oído ningún zumbido. No, ¡ahí la tenía!, revoloteaba de aquí para allá, yo no sabía si trataba de huir o si se estaba divirtiendo.

La puerta del chalet se abrió y apareció una chica con cofia.

—¿Señor Bellón? El señor le está esperando.

Le dije a la jefa del safari que me tenía que ir, que había tenido mucho gusto y seguí a la chica al interior de la casa.

Me tocó esperar porque no había nadie en el salón. Era una habitación amplia, con un par de divanes, sillones, alfombra de las que amortigua las pisadas e, incluso, una chimenea sin nada de ceniza, muy limpia, como un hueco en la pared que hubieran olvidado terminar. En una mesita, alrededor de un florero vacío, había seis vasos con el borde dorado. Y sobre una silla había una lata de cera para muebles, abierta y con la tapa en el suelo.

Un ventanal daba al jardín de la entrada. A la jefa del safari no se la veía, imaginé que andaría por ahí detrás de la abeja.

Apareció Garza, al fin.

Pensaba encontrarme con alguien muy diferente, me refiero al aspecto físico, un tipo alto, o de estatura media, de aspecto malvado, con patillas muy largas y su nombre bordado en el bolsillo de la camisa.

Pero la persona que tenía delante muy bien podría pasar por... por un profesor de latín, o algo así. Yo le sacaría la cabeza, sus patillas eran normales y era tirando a gordito. Además, usaba gafas, un poco ahumadas, montadas al aire. Con uno de esos rostros blandos que te hacen pensar que no sabe de ningún vicio, pero con una mirada agazapada detrás de las gafas ahumadas, surgiendo de unos ojos oscuros, dejando claro que no eres su amigo y, en cuanto te descuides, serás su enemigo y, de momento, que estás bajo su control.

Estaba en bata y pantuflas de charol, con calcetines blancos, la bata sería de seda, verde oscuro; debajo aparecía una camisa blanca y una corbata azul, como si mi llegada le hubiera sorprendido a medio vestir.

Los dos surcos a ambos lados de su boca, muy marcados, no eran los de un profesor de latín, eran los de un bulldog. Seguían el modelo de las cejas, que eran negras y espesas, dos ángulos muy abiertos protegiendo los ojos negros, con aquella mirada que te abría y diseccionaba como si te tuviera controlado, como si supiera todo sobre ti aunque no le interesara porque solo existías mientras él te mirara.

No me tendió la mano, se limitó a detenerse y hablame cuando se encontraba a diez metros de mí.

—Tú eres el que arregla cosas. ¿Es verdad que arreglas cosas?

Vaya.

—Depende de qué cosas.

No replicó, me pareció que no se molestó en buscar dónde meter mi respuesta.

—Vigilar a mi hija.

No dije nada. no pensé en nada.

—Divinity —continuó—. Tiene dieciséis años y no sé con quién anda. Lo quiero saber. Tú me lo dirás —hizo una pausa, su mirada ganó en intensidad—. Sin que ella se entere. Seguirla y tener bien abiertos los ojos. ¿Podrás hacerlo?

Estaba decepcionado, no me interesaban los trabajos de niñera, ya me habían ofrecido un par de ellos y los había rechazado. Los menores te meten en problemas porque siempre juegan con la ventaja de que no les puedes zurrar, ni pegar un tiro, añadiendo que a la hora de la verdad no sabes por dónde van a salir los padres. Iba a mandarle a tomar por culo cuando una voz sonó a mi espalda:

—Querido, veo que ya conoces al señor Bellón. Me ha ayudado a polinizar las begonias, y lo ha hecho muy bien.

Garza no se movió, impertérrito. Seguramente no había una sola idea dentro de su cabeza.

No sé por qué mi cerebro comenzó a trabajar, haciendo limpieza general y colocando bien los muebles.

—Era solo una abeja —dije con humildad, metiéndome dentro del traje de chico de salón.

Garza tenía la boca cerrada, con las manos hundidas en los bolsillos de la bata, disimulaba que había perdido la brújula en medio del desierto.

—Madeleine —dijo al fin, pero añadió como si no se lo creyera—: mi mujer.

Madeleine. Ahora comprendía por qué la niña se llamaba Divinity.

Toda la cacharrería de Madeleine sonó mientras se dirigía al mueble bar.

—¿Un cocktail, señor Bellón?

Se había cambiado. Ahora lucía un vaporoso vestido amarillo limón, al que le sobraba seda por todas partes. Se había quitado el sombrero, las gafas y las botas. Ahora calzaba unos zapatos sandalia de poco tacón porque me gusta estar cómoda y no quiero esperar al verano para lucir las uñas de los pies.

—Es demasiado pronto para mí —respondí pensando que era la respuesta de un caballero.

—Oh.

Me acerqué al mueble bar, con las manos fuera de los bolsillos, desempolvé el manual para tener una agradable charla social con Madeleine. Mientras Garza nos contemplaba como una estatua, pensando dónde había dejado la llave del armero. Madeleine, con el mueble bar abierto, me dijo que una abeja durante toda su vida le saca el jugo a 7.000 flores. Parecía escandalizada de que yo no lo supiera. Su marido nos miraba como si se encontrara en el zoo.

Garza pisó tierra al fin:

—Bellón y yo tenemos que hablar de negocios. Vamos Bellón.

Sin más, Garza dio media vuelta y salió del salón. Le dije a Madeleine eso de ha sido un placer y le seguí.